

# ¡CASO ASOMBROSO!



## La mujer que dió á luz seis hijos vivos de un parto, en el presente año.

En el villorrio de Contes,  
lindo y pintoresco pueblo,  
es público que ha ocurrido  
un asombroso suceso,  
pues nadie otro igual registra  
desde hace bastante tiempo.  
Por ser grato á la memoria  
de él haré relato en verso,

aunque yo no soy poeta,  
sino mísero coplero.  
No voy á hablaros de un crimen,  
como otros tantos, horrendos,  
á que dan frecuente pábulo  
el vino, el amor y el juego;  
por su barbarie, capaces  
de infundir á un bravo miedo.

Sin comenzar aun la historia,  
pues fué verídico hecho,  
á Dios y á todos los santos  
que veneráis en los templos,  
dirijo votos fervientes  
para que á todos aquellos,  
tanto mozas como mozos,  
bien en lícito himeneo,  
bien haciéndose la corte,  
**mediante libre convenio,**  
ante la que llaman muchos  
*vicaría de los perros,*  
esos seres venturosos  
que piden hijos al cielo,  
permitan que me entrometa  
y les dé leal consejo:  
á vuestra pasión volcánica  
poner moderado freno.  
¡Echar mano al cuenta gotas  
y correr el grifo á tiempo!...  
Que aunque es  
muy grande este mundo,  
ya apenas aquí cabemos,  
y la vida es imposible  
según las cosas se han puesto.  
¡Leer todos mi relato!  
¡Miraros en ese espejo!  
¡Disminuir los bautizos!  
¡¡¡A ver si hay huelga de clérigos!!!  
Y terminado el preámbulo  
á narrar el caso empiezo,  
después de daros las gracias  
por la atención... y los céntimos.

En dicho villorrio había  
una moza y un mancebo,  
rudos, toscos, arrogantes,  
sanos, fuertes como leños.  
Ella campesina hermosa,  
destacaba de su cuerpo  
aquellos redondeados,  
turgentes y blancos senos,

que apetitos nos inspiran  
desde el día en que nacemos;  
y entre algo más, que no olvido,  
pero que ignoro el secreto,  
tenia grandes los ojos;  
lábios, color grana, frescos;  
caderas provocativas;  
pie escultural; talle esbelto...  
lo que se llama una moza  
capaz de quitar el sueño,  
dejándole á cualquier hombre  
pacífico ó no, en los huesos,  
y después de la pelleja  
hacerle perder los tuétanos.  
Mas no me preguntéis nada  
de aquel campesino apuesto,  
porque jamás tuve idea  
de admirar al sexo feo.  
La virilidad del mozo  
verá quien siga leyendo,  
y si alguno le da envidia,  
os afirmo que lo siento.  
Como lo leí, lo escribo;  
como lo sé, lo refiero.  
Ambos en su tierna infancia,  
durante el periodo bello  
en que tan felices somos,  
porque el mal no conocemos,  
los chicos simpatizaron,  
como hermanos se quisieron.  
Jugando por las laderas,  
por los maizales corriendo,  
entre gritos y caricias  
mezclaron sonoros besos  
de espíritus inocentes  
y corazones sinceros...  
Sus almas fueron menguando,  
mientras crecían sus cuerpos.  
Ya los mimos infantiles  
eran lúbricos deseos  
en el mozo y en la moza,  
mal disimulado anhelo.  
A tan dulces expansiones

aunque el afán no perdieron,  
en soledades obscuras  
consagrábanse discretos,  
sin envidiar á las aves  
que á la clara luz del cielo  
proclaman el batir de alas  
con sus alegres gorjeos.  
La luna, pálida y tenue,  
en el campo; entre el silencio,  
vino á alumbrar el idilio,  
que el sol, diáfano y espléndido,  
años antes irradiaba  
con sus dorados destellos.  
Fundidos los corazones  
por ímpetus más que ferreos,  
é identificados ambos  
en un mismo pensamiento,  
del amor mutuo celosos,  
y para jamás perderlo,  
tal vez por cambiar sus ansias,  
pues así amengua el deseo,  
renunciando el albedrío  
en santo lazo se unieron,  
buscando de un nido albergue,  
honrado y pobre aposento,  
por más de un rico envidiado  
al ver el hermoso ejemplo,  
que del desdichado á veces  
la dicha no tiene precio,  
si es elevado su impulso  
y en adversidad sereno.  
Pues quien se rinde al trabajo  
ama más el pan y el lecho,  
siempre el Señor le bendice  
y le da constante premio,  
dignificándole en vida,  
glorificándole muerto.  
¿De qué sirve la riqueza  
de los parásitos necios,  
que se atrofian, se envilecen,  
tan solo en el fango envueltos?...  
De que al llamarles el diablo,  
porque nada bueno hicieron,

todo lo mal adquirido  
pase á poder de los deudos,  
que si alguna vez les rezan  
no llegan á Dios sus rezos,  
y podridos los cadáveres  
no deja una huella el tiempo...  
Recién casados apenas  
la moza y el lugareño,  
por culpa de la desidia  
de los actuales gobiernos,  
que aunque nuestro campo es fértil,  
tristes, los pobres labriegos,  
en desbandadas legiones  
huyen de su patrio suelo,  
ellos también emigraron  
y á Buenos Aires se fueron.  
Como era fatal su estrella,  
no transcurrido año y medio,  
entre pena y alegría  
acordaron el regreso  
al territorio querido,  
por el que siempre latieron  
sus amantes corazones,  
presas de dolor acerbo.  
Dos meses haría apenas  
que se hallaban en el pueblo,  
cuando ella, rosa temprana,  
de veinte abrilés, aun menos,  
por el celo tan solícito  
de su amante jarúinero,  
en derredor del capullo  
empezó á enteabrir sus pétalos.  
¡Tuvieron el primer hijo!...  
Notando con gozo inmenso  
fases de esperanzas nuevas,  
recobraron el consuelo...  
Después de otros veinte meses  
otros dos hijos nacieron,  
que á una pasión tan volcánica  
tales dones daba el cielo.  
Muy cerca de cuatro años  
fueron de calma interregno,  
más síntomas precursores

de inmediato alumbramiento,  
al bu n ho nbre le obligaron  
á llamar de nuevo al médico,  
y aquí viene lo asombroso  
de un fenómeno estupendo,  
que por prodigioso y raro  
asombrará al Universo.

A mitad de concluirse  
los preparativos previos,  
la buena mujer aquella,  
entré gritos lastimeros,  
echó al mundo, uno tras otro,  
como si fuesen conejos,  
media docena de infantes  
que daba gusto de verlos.  
¡Seis valientes ciudadanos,  
que ya se encuentran dispuestos,  
para cuando tengan voto,  
á emitirlo en el colegio,  
si un republicano lucha!...

Todos viven y están buenos,  
merced á los campesinos  
tan leales como ingénuos,  
que en la espantosa miseria  
constantes les socorrieron.  
Si alguna vez váis á Contes  
y buscáis á esos pequeños,

preguntad allí á cualquiera  
y razón os dará de ellos.  
Se llaman Andrés, Santiago,  
Lucas, Jorge, Pablo y Pedro;  
pero son más conocidos  
entre la gente del pueblo,  
por el remoquete ó álias  
de los seis niños gemelos.

. . . . .

Y aquí termino la historia,  
por último, repitiendo,  
al que de amores la llama  
sienta inflamarse en su pecho,  
y en las ansias paternas  
busque el feliz privilegio,  
ya ante la santa coyunda,  
ya en ilícito himeneo:  
¡No olvidéis nunca el relato!  
¡Miraros en ese espejo!  
¡Echar mano al cuenta gotas  
y cerrar el grifo á tiempo!  
Que aunque es  
muy grande este mundo,  
ya apenas en él cabemos.  
¡Disminuir los bautizos!  
¡¡A ver si hay huelga de clérigos!!!

CALIXTO NAVARRO (*hijo*.)



MADRID.—Imprenta Universal, Cabestreros, 5.